

Teatros y Toros

REVISTA ILUSTRADA DE LOS DOMINGOS

PRECIOS	Dirección y Administración	SUSCRIPCIONES
Número suelto . . 15 cts. » atrasado 25 »	Pelayo, 47, principal,	Madrid trimestre.. 1,75 pts. » año . . . 7,00 »
Anuncios: Línea, 25 cts.	OFICINAS: DE TRES Á CINCO	Provincias trimestre.. 2,00 » Extranjero semestre.. 8,00 »

TEATRO LARA

« POR LAS NUBES »

Comedia en dos actos y en prosa,

ORIGINAL DE

DON JACINTO BENAVENTE

Ese afán de figurar, ese deseo de aparentar, ese querer y no poder que son los signos peculiares, característicos y distintivos de esa parte de la sociedad que se llama clase media, han dado material suficiente y sobrado ¡oidlo, claramente, petulantes y eruditos ateneístas!, para que nuestro primer autor dramático Jacinto Benavente, el mordaz, el cáustico y terrible satírico, compusiera una bellísima comedia digna hermana de aquellas admirables obras maestras del teatro contemporáneo «Los intereses creados» y «Los malhechores del bien».

La pobre clase media, débil, exánime, pletórica de zozobras, de privaciones, de sinsabores, en la que todo es miseria, lacerías y podredumbres, es digna de lástima, de compasión, porque compasión y lástima es lo único que debemos tener al vencido y al débil. Pero si esta clase media es tal, como hoy desgraciadamente la vemos, es por su culpa, es porque ella misma, en su aspiración ingénita de brillar, en su anhelo constante de calzar el noble coturno en sustitución del plebeyo zueco que era lo que le correspondía, ha realizado sacrificios que son amargos humorismos, que al principio, por lo ridículos, nos hacen prorrumpir en risa desdeñosa y luego nos hacen meditar, inundándonos de pena. Esa es la causa del mal y de la crisis porque atraviesa. ¡Ah, clase media, como dice uno de los interlocutores de la comedia

magistral, cuánto mejor estarías si en vez de ser una caricatura de los de arriba, fueras modelo y ejemplo para los de abajo!..

Y Benavente requiere su pluma y nos presenta con toda su triste y espantosa realidad un cuadro superior á toda ponderación, modelo de obras maestras, en el que vemos á esta desvalida clase media en toda su compasiva desnudez.

El lugar de la escena es el comedor modesto, pero decentemente amueblado, de la casa en que habita Doña Carmen, viuda pensionista, mujer excesivamente cariñosa para con sus hijos, á los que da constantes consejos á fin de que el día de mañana no sufran las penalidades por que ella ha pasado.

El fruto de su matrimonio son dos jóvenes, Emilia, niña neurótica, anémica, flácida, que padece con muchísima frecuencia de ataques nerviosos, y Julio, de carácter firme, arriesgado, incapaz de vender en ningún instante ni su inteligencia ni su corazón, intransigente con todos los convencionalismos estúpidos de su clase, y enamorado, locamente enamorado de una joven, también como él casi pobre y llamada Emilia, con la que en día no lejano ha de constituir una deliciosa sociedad doméstica. Emilia, por su parte, ama mucho y corresponde debidamente á Julio. Pero, ¡siempre el execrable pero!, las madres respectivas, las futuras suegras se afligen y lloran y por la noche,

por el día y á todas horas, no cesan de dar admoniciones á sus hijos para que desistan de ese enlace que no puede reportarlos muchas prosperidades por aquello de que el amor platónico es una majadería mas que hay que agregar á las innumerables que llenan el mundo de tejas abajo si no se hace acompañar del vil metal. Julio no recoge los consejos de su madre, el desea contraer nupcias con Emilia, pero pensando antes en el porvenir que ha de arrastrar si continua en esa vida mísera de covachuelista, de em-



Sr. Puga

pleado en cualquier dependencia del Estado en que nada provechoso se obtiene sino es mediante la intriga y la recomendación. Esa vida le espanta, el tiene que buscar algo que le permita ser feliz, aunque sea trabajador, obrero, porque, indudablemente, él poseerá menos dinero, pero como todo será suyo y no tendrá que someterse al odioso figurar, será dueño de más capital ganando menos. Para conseguir sus propósitos, decide marcharse á América, cambiar de ambiente para alcanzar su regeneración total y completa dejando el campo mefítico en que vive. Comunica sus planes á Emilia, espíritu de mujer netamente española, exenta de la valentía suficiente y del amor bastante hacia su novio para seguirle por no atreverse á dejar á su buena madre. Julio entonces la rechaza y se indigna al oír de los labios de su amada que ella le aguardará aquí, en España, mientras él va en busca del triunfo á las lejanas tierras que el alma aventurera española descubrió. Y Julio abandona á su familia y decide partir sólo á rehacerse, á regenerarse...

Tal es la idea que el maestro de dramaturgos ha desarrollado en dos actos verdaderamente soberbios.

El primero es de una realidad tal que hace enmudecer de admiración. ¡Qué de observación é ideas encierra! ¡Pues y los personajes, puede darse en el teatro nada más perfecto que estos tipos retratados por el eximio Benavente! Aquel Pepe, «más romántico que un lago á la luz de la luna» que corteja á cualquiera de las tres hermanas de una familia opulenta que él conoce, y finaliza casándose con la criada que sirve á esa familia y yéndose á vivir á un pueblecillo donde reside un tío suyo que es cura; aquel Hilario, el galeno platicador que lanza varias filípicas contra el orden social; aquel matrimonio constituido por Paquita y Manolo que poseen cinco hijos capaces de incomodar al más pedófilo; aquel Galán, empleado, que aguarda el ascenso para unirse á Adelaida, hermana del D. Cristóbal, que para todos tiene una sonrisa de complacencia, son unos tipos tan reales, tan conocidos por todos y hablan tan natural, tan propiamente que dudo yo sea difícil hacer algo que á este maravilloso acto supere.

En el acto segundo es donde se desarrolla la idea que Benavente se propuso explanar y en el se hallan las dos escenas mejores que el autor de «La fuerza bruta» ha escrito en su dilatada vida de dramaturgo. Una de ellas es la que se verifica entre las



Srta. Pardo

consegiras y la otra es aquella en que Julio rechaza á Emilia por ser esta tan pobre de decisión que no se atreve á marchar sola con él. ¿Conocen ustedes algunas escenas más hermosas que estas, especial y singularmente la mencionada en primer lugar. ¿No? Pues lector, yo tampoco, porque es realmente imposible presenciar cosa más bella.

El auditorio que llenaba por completo el precioso

teatro Lara, deslumbrado ante el colosal talento y enorme ingenio de D. Jacinto, prorrumpió en bravos y en grandísimas ovaciones, viéndose obligado el autor á presentarse en el proscenio cinco ó seis veces al finalizar cada uno de los dos prodigiosos actos, ¡Enhorabuena, gran maestro!

*
**

La interpretación fué en conjunto excelente.

En primer lugar Leocadia Alba, Barrycoa y Puga. Simó Raso no nos agradó absolutamente nada.

Rubio estuvo muy bien, pero no hizo todo lo que podía esperarse de su talento.

Muy bien Matilde Rodríguez y la Srta. Ortiz.

Bien las Srtas. Pardo y Moreno, así como también el Sr. Mora.

PEDRO DEL RINCÓN.

POR LAS NUBES

Una escena del primer acto

DICHOS Y DON HILARIO

D.^a Carmen.—¡D. Hilario!

D. Hilario.—¿Qué es eso? ¿Cómo está la enferma? Me dijeron en casa que le había dado un ataque tan fuerte...

Luisa.—Mamá que se ha asustado.

D.^a Carmen.—Sí señor, muy fuerte... Gracias que se le ha pasado enseguida.

D. Hilario.—¡Vaya, vaya! ¿Sientes algo? ¿Opresión? ¿Palpitaciones?

Luisa.—No, ahora no...

D. Hilario.—De apetito ¿qué tal?

D.^a Carmen.—Nada; no come nada. Me tiene aburrida. Pero, dígame usted. ¿No habrá medio de que esta muchacha se ponga buena? ¿Qué podríamos hacer, D. Hilario de mi alma?

D. Hilario.—¡Ay, señora! Podríamos hacer que ese balcón se abriera al mar ó al campo, en vez de dar á una calle estrecha y sucia; que esas ventanas de allá dentro se abrieran al sol y al aire puro, y no á un patio lóbrego, apestando á humedad y á cocinas; podríamos hacer que con la luz y el aire, entraran el amor y la alegría en el corazón de Luisita...

D.^a Carmen.—Sí, tiene usted razón. Ese era el remedio.

D. Hilario.—Ya ve usted... Sol, aire, brisas del mar, olores del campo, ilusiones y deseos de amar, necesarios á la juventud... ¡Cosas que Dios ha prodigado en el mundo y que los hombres hemos puesto

tan caras! Créalo usted á los médicos, no nos desesperan tanto esas muchas enfermedades que todavía no ha logrado vencer la ciencia, esos males certeros, cuya causa y cuya curación ignoramos, como estos otros, en que no es la muerte, sino la misma vida el enemigo; estos males que conocemos bien y sabemos cómo han de vencerse... Estos males que no tienen más que un nombre: miseria... A otras personas no las hablaría así, porque hay vanidades ridículas que se ofenden. Pero aquí soy el amigo... Desde que somos vecinos y tuve el gusto de tratar á ustedes, me intereso tanto por ustedes.

D.^a Carmen.—Ya lo sé, D. Hilario, es usted tan bueno, tan generoso con nosotros., Y usted debe perdonarnos que alguna vez abusemos de su generosidad, pero su presencia me consuela tanto.

D. Hilario.—De eso no hay que hablar, señora. Como digo, la enfermedad de Luisita no tiene más que un nombre: pobreza; pobreza de sangre, pobreza de vida, pobreza de todo... Y, aunque haciendo ustedes un esfuerzo, pudieran cambiar de vida por una temporada. ¿Qué adelantariamos? Si después era inevitable la compensación, que vendría con mayores angustias, con mayores privaciones... Yo sé bien que hay médicos, yo los envidio, que consideran al enfermo como un ser abstracto y lo mismo se atreven á recetar viajes costosos y buenas raciones de solomillos y champagne del caro, cuando llegan á una casa con ascensor y entran pisando alfombras, que cuando suben los cien escalones de una bohardilla y pisan baldosines desamparados... Yo tengo la desgracia de hacerme cargo... Y hay quien no lo agradece; de algunos se yo que van diciendo por ahí: Este D. Hilario no entiende mi enfermedad, no me receta nada... Y es que yo me digo, pero ¿qué voy á recetar aquí? ¿Billetes de mil pesetas? Y lo único que puedo hacer... es hacerme el distraído y no mandar la cuenta; ya que no pueda uno dar la salud, que no contribuya á quitarla.

D.^a Carmen.—Pero todos no son como usted.

D. Hilario.—Ya lo sé, señora; ya se que hay doctores, que por una operación de esas, en que todo sale bien, salvo el paciente, que suele morirse, cobran más que un matador de cartel... Pero ¡en qué templo no hubo mercaderes! Para los que la respetamos como un sacerdocio, nuestra profesión es demasiado triste...

D.^a Carmen.—¡Verán ustedes tantas lástimas, sin poder aliviarlas!

D. Hilario.—Sí, señora.—Algunas, he visto yo en mi vida profesional. Figúrese usted, yo empecé mi carrera de médico de partido. Diez años anduve por esos lugares de España, tan olvidado de Dios como de los gobiernos... pueblos de Castilla, de esos cuya tierra tiene color de sayal franciscano y, en efecto,

parecen consagradas al ascetismo del seráfico santo. En Madrid, suele decirse ¡qué sana se cría y vive la gente de los pueblos! ¡Buena salud está! De chiquillos, no le digo á usted nada; cada pueblo de esos, es el reinado de Herodes. ¡Más que espigas los segadores en estío, siega la muerte criaturas todo el año! Y no puede ser de otro modo... Sucias, mal alimentadas, las madres exautas obligadas á destetarlas antes de tiempo, porque apenas nació uno, ya llega otro á reponer las bajas... Porque eso sí, la muerte anda lista, pero la vida no descansa. Ahora, el que llega á criarse, ya no le parte un rayo. Y como esos son los que ve la gente al pasar por los pueblos, por eso suelen decir. ¡Qué sanos están, qué fuertes se crían! Pero los que hemos vivido allí, los que hemos visto, los que como yo han sido también víctimas de tanta incuria... Tres hijos, mis tres pequeños, perdí yo en mis peregrinaciones por esos lugares de miseria y de ignorancia. Una epidemia, se llevó á cada uno... Entonces decidí establecerme en Madrid fuera como fuera. Pensaba yo que en Madrid, la profesión sería más agradable, que la miseria no sería tan dura, tan desconsoladora... Y es peor, mil veces peor, porque la sensibilidad de los que la padecen está más afinada, porque los contrastes son mayores y no dejan lugar á la resignación casi animal del que no ha visto

otra cosa, del que no compara, del que lo acepta todo sin rebeldía... Allí, yo mismo, ante el ajeno dolor, como ante el mío propio, me sentía más resignado, más humilde, y como aquella pobre gente, solía decir: ¡Dios lo ha dispuesto así! ¡Dios lo quiere! Pero aquí, no; aquí ya siento de otro modo y digo indignado muchas veces: ¡No, no es Dios, no puede serlo! Son los hombres los que lo disponen así, es su crueldad y su injusticia... porque no hay duda, nos llamamos cristianos y vivimos como fieras... Y el engaño ha durado ya mucho tiempo... ¿Es verdad que somos cristianos? Pues como hermanos debemos vivir y como cristianos amarnos... ¿Somos fieras? Pues dejemos hipocresías y á combatir y á destrozarnos unos á otros y que triunfe el más fuerte... Pero esto no; la injusticia como estado social, sostenido, no por ley de la fuerza más noble, sino por malas artes y peores leyes, de unos, sobre la debilidad de los otros, que ni siquiera pueden revolverse como fieras, porque están debilitadas y acobardadas por el hambre... y llaman resignación á su cobardía... Esto no debe ser, no puede ser, porque esto no lo ha ordenado Dios, lo han desordenado los hombres... y contra los hombres puede lucharse...

JACINTO BENAVENTE.

TEATRO ESPAÑOL

“EL CABALLERO LOBO,,

Ceferino Palencia ha encontrado la piedra filosofal. «El caballero lobo» dará mucho dinero en el Español. Todo Madrid desfilará por nuestro primer teatro para admirar la presentación originalísima y las decoraciones de hermoso efecto, y escuchar la fábula en acción, viendo en cada fiera de las que salen á la escena la encarnación perfecta de un carácter humano.

Ambiente de poética sencillez, de hermosa y simple grandeza, expresión vigorosamente acusada de los personajes-animales que intervienen en la acción, asunto sin grandes complicaciones pero interesantísimo, ingenio, sátira fina y punzante. De todo esto hay en la preciosa comedia de Linares Rivas.

El señor lobo, en su enérgica rebeldía de alma noble y fuerte; el señor oso, en su bondad de atleta; el señor zorro, en su astuta hipocresía y ductilidad; el señor sapo, en su magnífico carácter de envidioso y

calumniador; la cordera en su ingénuo feminidad de alma pura y enamorada; la señora gata, en su coquetería perversa y graciosa, y el lobato, en su infantilidad curiosa, son tipos que acreditarían á Linares Rivas — caso de que su fama no tuviese ya firmes cimientos — de psicólogo de aguda observación.

Por toda la obra, esmaltada de bellezas de pensamiento, corre mansamente, asomando entre las frases oportunas é ingeniosas, un suave aroma de bondad, la bondad sencilla de los fuertes, de los rebeldes, de los que viven en la selva y son dueños de la montaña.

Escenas hay, como la lección del zorro al lobato, sencillamente admirables. El tipo del oso es una maravillosa pintura de tintes delicados, y su escena con la cordera un primor de ternura.

Si no esperasen los cajistas estas cuartillas, yo os

contaría el asunto, pero preferible será, amables lectores, que veáis la obra, seguros de que ha de producir sensaciones extrañas y verdaderos goces.



D. Manuel Linares Rivas

La admirable María Tubau dijo el prólogo con arte exquisito. Al terminar éste sonaron ya los primeros

aplausos, que crecieron en el primer acto, convirtiéndose en ovación en el segundo, que fué interrumpido varias veces para hacer salir al autor, levantándose al final ocho ó diez veces la cortina entre aclamaciones entusiastas.

Reig muy entonado y valiente en el señor lobo, graciosísimo Mendiguchía, encantadora y conquistando por derecho propio un puesto de primera actriz la Srta. Asquerino, y verdaderamente felina la señorita Velázquez.

Prado afortunadísimo en el señor oso, Torres más que bien en el sapo, y atinados los demás en sus respectivos papeles.

Los trajes preciosísimos. Mariano Benlliure triunfó una vez más; las decoraciones, que fueron justamente aplaudidas, de maravilloso efecto, y en la obra advirtiéndose á cada paso la dirección de Ceferino, maestro de maestros.

La obra ha sido rechazada en Lara y la Comedia, antes de llevarla Linares Rivas al Español. Cuentan que Tirso Escudero dijo que los «animales no hablan».

Es mucho decir al decirlo, ó si no tienen la prueba á la vista con el éxito alcanzado.

■ Nuestra enhorabuena.

DON NADIE.

TEATRO DE PRICE

"El milagro de la Virgen,,

Debut de la Srta. Villarraso y el Sr. Rubio

Dos debuts se verificaron el viernes 15 en la representación de la linda zarzuela de Chapí y Pina Domínguez, y á pesar del naturalísimo temor que en tales momentos invade á los cantantes, pudimos apreciar en la Srta. Villarraso una excelente escuela de canto y una voz de suficiente volumen, bello timbre aterciopelado y dramática expresión.

Como artista, está indudablemente en los comienzos de su carrera y desconoce los más rudimentarios principios de la declamación, pero es este un defecto del que puede corregirse con el estudio y llegar á ser una actriz discreta, con lo que basta para desempeñar los papeles de tiple de zarzuela grande.

El baritono Sr. Rubio, cantó la «particella» de «Roberto» con mucho gusto y afinación; posee una voz de escaso volumen pero de agradable timbre y fué aplaudido.

Barrenas, muy acertado en su papel de Conde, dió relieve á las situaciones cómicas de la obra, cosechando aplausos. Irreprochable el tenor Pastor en la romanza del primer acto, sobre todo, y discretos los demás.

El 18 se puso en escena, juntamente con el debut de S. A. la Princesa Broglie, «La alegría de la huerta», de cuya interpretación desastrosa podríamos decir mucho y muy malo. Por la noche tuvo más fortu-

na en su desempeño, la zarzuela «La Bruja», en la que se hicieron aplaudir las Srtas. Urdazpal, Vicente y Cantos y los Sres. Pastor, Banquells y Barrena.

Debut de Maritza, Princesa de Broglie

Si la gentil Maritza hubiese consultado en París á Mme. de Thebes, la célebre adivinadora, y ésta la hubiese predicho el debut que la esperaba en Price, seguramente no se hubiese atrevido á atravesar los Pirineos para conocer España, conformándose con las fabulosas descripciones que «del país del cielo azul» hacen nuestros amigos los franceses. Pero la encantadora Princesa no tuvo esa precaución y un día de primavera en que el sol se tamizaba en hilos de oro por entre los árboles de «Bois de Boulogne», soñó, mientras pensaba en las picardías de su augusto esposo y el medio de librarse de ellas, con venir á la pintoresca España de la que tenía alguna idea por los cromos de toreros y bandidos que vió en todos los países, por la ópera «Carmen» que tantas veces aplaudió y por los graciosos bailables de Carolina Otero.

Llegó á Madrid y con un poco de asombro consideró su tristeza invernal. Unos cuantos señores que chapurreaban el francés torpemente, la trasladaron á un hotel, no demasiado suntuoso, pero semejante á los de todas partes. Sin embargo, en Madrid recibió verdaderas alegrías. Fotógrafos y reporters la asediaron; en la calle vió fljas en ella muchas miradas, y una noche asistió á un teatro, parecido á las Plazas de Toros soñadas, donde un público novelero la aclamó con entusiasmo.

— Ya conquisté la España, — se dijo como Napoleón desde Chamartín; y su orgullo de mujer codiciada de todos se esponjó con esa cálida voluptuosidad de la admiración de un pueblo.

La noche del debut, sacó de los cofres sus más bellos trajes escogiendo con cuidadosa presunción el más graciosamente confeccionado, el que en tal ó cual teatro de Londres, Viena ó París, entusiasmaba á las damas elegantes y á las perfumadas «cocotts».

Luego, al repasar su repertorio de canciones, cantándolas «in mente», se decidió por aquellas en que la ovacionaban en New-York ó en Berlín los aristocráticos públicos llenos de curiosidad malsana hacia aquella Princesa por su hermosura, ya que no por su sangre azul, y acaso también al recordar que con alguna de ellas dormía á su hijita en las noches tristes y solitarias, cuando después de cantar entre aplausos delirantes, volvía á su hotel lujoso y confortable.

«La matinatta» de Loncavallo y «J'ai mon amour» de Carlyle, fueron las preferidas.

Llegó el supremo instante del debut. En sus oídos resonaban aún los aplausos del día anterior.

La bella Maritza viste confiada lujoso traje, y con la nerviosidad del que se aventura ante el misterio, sale al público algo pálida, con palidez de lirio, pero finamente hermosa.

Un torrente de luz centellea á su alrededor. La orquesta ataca suavemente la melodía y ella comienza á cantar con voz dulce, insinuante, la bella estrofa...

¿Pero qué rumor es el que se escucha? ¿Qué especie de rugir de fiera impaciente? La canción ha terminado. Suenan aplausos tibios y un imperioso siseo que ahoga la naciente ovación. ¿Quién sabe? Acaso el público odia á Leoncavallo y por eso rechaza su música. Eso será indudablemente, y animada con tal idea canta de nuevo.

Entonces la tempestad se desata furiosa; resuenan aullidos dantescos, patalear furioso, canturreo burlesco... ¿Será posible? ¿Protestada por primera vez?

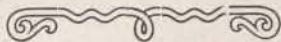
¡Oh, España!, país de poesía, país caballeresco. ¿Por qué mintieron tu hida!guía los que gozan engañando á los crédulos?

— No vi tu cielo azul, ni tus trajes de vivos colores, ni tus bandidos, ni tus toreros. Mentira. Mentira todo. — Y la gentil Maritza, la Princesa amada, llora. Dos lágrimas quemantes caen rodando por sus mejillas pintadas; su negro pelo, aureola con negrura de ébano, la cara que tantas veces supo reír con risa arrebatadora.

Perdón, Princesa. Perdón de las groserías de un público popular é ineducado como el de París en los arrabales, ó el de Londres en Whitechapel. Perdón Princesa, y si á tus tristes recuerdos de España se une la vergüenza de tu derrota, piensa que no es tuyo ni del público el error, sino de quienes por ganar dinero á tu costa, te expusieron á las iras de la fiera donde no podían triunfar tu elegancia, tu finura, tu distinción y tu belleza.

Perdón, Maritza; y sirva de consuelo á tu amargura, que éste público que te protestó de tan grotesca y ridícula manera, te aplaudirá de nuevo en la calle. Y aun puede que algún osado te tire al pasar su sombrero para que pises sobre él y conservarlo como una reliquia de amor con la abolladura que hizo tu pie divino en el fieltro lleno de grasa.

ARTAGNAN.



DESDE MI BUTACA

EMILIO CARRERAS

¿No es cierto que Emilio Carreras, visto desde la butaca, con sus piernas flojas, su cuerpo delgado y ondulante y sus manos duchas en toda clase de extrañas torsiones, da la sensación de un hombre desarticulado, ó, cuando menos, enfermo de las coyunturas?..

Y, sin embargo, ese artista, ese amanerado delicioso en quien «la timidez», como en Pepe Rubio y



Eduardo Zamacois

Mendiguchía, es una gracia suprema, fué un luchador infatigable, una voluntad tenacísima á quien no pudieron rendir ni el cotidiano lidiar por la vida, ni las envidias y cobardes lacerias de veintiséis años de teatro. Porque útil será consignar que este artista, cuyos donaires dieron á todas nuestras penas pasajero alivio, es un «intuitivo», un «espontáneo», que no procede de las aulas universitarias y que, de consiguiente, á nadie debe lo mucho bueno que aprendió.

En sus mocedades más tempranas, Emilio Carreras fué obrero; luego, convencido de que el trabajo personal reditúa poco y temeroso del porvenir, juntó

sus ahorrillos y abrió una zapatería. Estos lejanos antecedentes son preciosos. En ellos, la crítica hallará el secreto de esa perfección de ademanes con que Carreras, que viene del pueblo y en él se crió, había de interpretar más tarde tipos como «El pobre Valbuena», el sastre de «La revoltosa», el vividor con ribetes chulescos y puntas de villano de «El alma del pueblo», el gracioso zapatero de «El santo de la Isidra» y otros varios plebeyos perfiles que bordó con los recuerdos de sus primeros tiempos.

Poco después (en 1880), «debutó» como aficionado en el antiguo Teatro de Madrid, y luego de pasar por el escenario de Eslava donde brilló imitando á los actores entonces en boga (Ricardo Zamacois, Romea, Antonio Vico, Calvo, etc.), entró de meritorio en la Comedia bajo las órdenes de Emilio Mario. Cuando salió de allí fué para establecer un almacén de camas; hasta que, más tarde, en 1887, reapareció en el ya derribado Teatro de Maravillas.

Allí, ante la batería de aquél teatrúcho de madera, feo é inseguro como una barraca, fué donde el porvenir artístico de Emilio Carreras empezó. Al principio,



Emilio Carreras

el ejemplo de Julio Ruiz, que vistió como nadie los papeles de blusa y bufanda, paralizaba las iniciativas del joven actor; sin procurarlo, Carreras le imitaba; la figura demasiado grande del maestro que á la sazón recorría el zénit de su popularidad, dejaba al discípulo sin espontaneidades. Poco á poco, sin embar-

go, Carreras supo ir adquiriendo la posesión de sí mismo, perfilando «sin estilo», definiendo acabada-



Carreras «En el pobre Valbuena»

mente aquella personalidad desvaída, algo tímida siempre, que todos aplaudimos.

En «su haber» cuenta Emilio Carreras una galería de tipos que honrarían el palacio de Monmo. Citaré, entre sus éxitos mayores, el estreno del sainete lírico «La gente del bronce», donde retrató á cierta persona muy popular en Madrid por su bullicioso rumbo y alegría; el «Manitas» famoso de «El gorro frigio», arquetipo del chulo con bigote, americana y sombrero hongo; el bailarín inolvidable de «¡Las doce y media y sereno!...», cuyo modo de ser marcó, en la evolución artística de Carreras, toda una época; el distraído «doctor Mirabel» de «Los sobrinos del Capitán Grant», y, sucesivamente, los papeles que representó en «El baile de Luis Alonso» y «Los valientes», de Javier de Burgos; «El Gran Capitán, El rey mago, Plus-Ultra, Los cocineros, La marcha de Cádiz, ¿Quo Vadis?, Abanicos y panderetas, El terrible Pérez, El iluso Cañizares, El perro chico, El Pollo Tejada, La mala sombra...» y otros muchos que cruzan mi memoria perdidos en un derrumbamiento de hilaridad.

Emilio Carreras no es de esos actores multiformes cuyo estudio y conocimiento, exigen de la crítica atención porfiada; por el contrario, «su técnica» es sencilla y sus ademanes poco abundantes, mas de una tan poderosa «vis cómica» que el regocijo es siervo suyo.

Emilio Carreras aparece en escena con los brazos recogidos sobre el pecho, la cabeza ligeramente inclinada hacia el lado derecho y las piernas un poquito abiertas y en flexión. Estos dos últimos gestos, manifestación donosa de un ánimo receloso y asustadizo, son constantes en él, pero tan leves, que nadie que no esté muy acostumbrado á verle trabajar puede advertirlos. Es un hombre de talle mediano y enjuto, sobre cuyo semblante rapado y cobreño, la «contradicción» y lo «desconocido» (orígenes capitales del sentimiento cómico), parecen haber grabado un guiño de aflicción; tiene triste la frente, las mejillas fatigadas, los ojos amables y dulces, las cejas contraídas por un gesto miedoso que busca piedad.

Se le ha reprochado á Carreras su costumbre de tener las piernas siempre dobladas, de manotear ante el rostro de un interlocutor como para cogerle las palabras con los dedos y de balancear el cuerpo constantemente de un lado á otro de tal manera, que apenas esboza un movimiento cuando ya parece arrepentido de haberlo iniciado.

En esto yo reconozco, más que una imperfección, «un modo de hacer» tan recomendable y personal como otro cualquiera. Es «un estilo», y un estilo gracioso, pues que tiene el chiste de los movimientos «repetidos é inútiles». Acaso en la realidad no abundan los tipos que Carreras nos presenta, pero recuérdese que el teatro, por lo mismo que «simplifica» la vida, la «abulta» un poco, y que, de consi-

guiente, las figuras que llenen tan estrecho marco, y más si son burlescas, habrán de aparecer necesariamente algo fuera de los límites normales. Hecha esta excepción, la labor de Carreras, aunque parca en recursos cómicos, mantiene un largo gesto hilarante, «uno sólo», pero de tan buena ley, tan óptimo, que siempre, en todos los momentos, conquista la risa.

Emilio Carreras es un actor concienzudo, reflexivo, lleno de sincero amor á su arte, y que examina sus papeles con ahínco minucioso. Sus tipos los saca de la realidad, fusionando frecuentemente en uno sólo expresiones y trazas de personas diferentes; entre tanto lee y releo su papel, apoderándose bien de cada situación, atonizando el valor de las palabras para luego sacar de ellas el mayor efecto cómico; adobando, dentro de su técnica, para cada frase, un esguince picante. Cuando llega la noche del estreno ya se sabe «su parte» de memoria. En los entreactos habla poco; en pie delante del espejo, se viste, se pinta, se coloca bien la peluca, y repite mentalmente ciertos ademanes, buscando aquella tensión nerviosa que ha de permitirle «meterse» dentro de su personaje. Así, en virtud de esta lenta y silenciosa auto-sugestión, cuando Carreras sale de su cuarto camino del escenario, ya no es él; es otro...

Los psicólogos que buscan los orígenes morales de la risa, dicen que ésta nace muchas veces de la «discrepancia» entre dos ideas, entre una idea y un hecho, ó entre lo que se preveía ó aguardaba y lo que sucede.

«Nada mueve tanto á reír—enseña Pascal—como una desproporción evidente entre lo que se espera y lo que se vé.»

«Todo lo «discredante» obliga á reír: verbigracia—dice Spencer,—cuando suena un ruidoso estornudo durante el corto silencio que separa el «andante» del «allegro», en una sinfonía de Beethoven».

Esto constituye el gran vigor cómico de Carreras: su estilo personalísimo y la índole de los papeles que los autores le confían, permiten que su figura ande «descentrada» y cual en incorregible desacuerdo con los otros actores. Y, lo que es aún más peregrino y gracioso: este antagonismo lo sostiene consigo mismo; así, vacilando sobre sus piernas indecisas, parece que va á mover el brazo derecho, y ejercita el izquierdo; va á levantarse, y se sienta; intenta marcharse y se queda; quiere reír y se contiene, como atragantándose, con lo que su gravedad resulta más bufa que su risa. La voz también es insegura. Su gracia, reducida á su rasgo más sencillo, consiste en hacer lo inverso de lo que pensaba; es la suprema «vis cómica» de la «contradicción».

Como ejemplo de esto podría citarse la «entrada» magistral de Carreras en «El terrible Pérez». La escena representa el interior de una sastrería pobre;

cierran el foro el escaparate y la puerta del establecimiento. El cortador está celebrando y envidiando la suerte, que «Pérez» tiene para avasallar corazones femeninos, cuando éste aparece por el foro requebrando á una chula. Al pasar por delante de la puerta la joven sacude á su perseguidor una ruidosa bofetada, y Carreras penetra en escena llevándose una mano al carrillo ofendido y luego de dar dos vueltas sobre sí mismo. No obstante, está contento.

«¿Has visto, Concordio?—dice—¿Has visto que rubia?»

El cortador le responde:

«Y la he oído».

Y «Pérez» añade, para convencer á su interlocutor de que aquella bofetada no tiene importancia.

¡Ay, querido sastrer, cuán inconsciente y cuán fútil eres! ¡Qué mal conoces al bello sexo! ¡La mujer es como la cola, apreciable Concordio! Cuando pega es cuando empieza á estar en su punto.»

En toda esta escena Emilio Carreras prodiga esa «sal suya» de frases dichas con voz temblorosa, y de ademanes vagos, despiritados, como croquis sueltos de un gran gesto que no acaba de precisarse, y con los cuales, siempre que aparece ante el público, da la impresión festiva de que allá, entre bastidores, acaba de ocurrirle una desgracia.

El artista que hay en Emilio Carreras, ese artista ingénuo, bondadoso, adorado de los niños, porque nadie como él sabe excitar en los adultos la risa franca, la risa sin dobleces amargos de ironía, de los colegiales, no se parece al hombre. Alguien dijo que para reír conviene «separarse» de los demás, porque así los ajenos defectos se aprecian mejor. Ese paso «hacia atrás» lo dió Emilio Carreras al refugiarse en su hogar y entre el amor de los suyos, y acaso entonces adivinó las poquedades de esa humanidad que pasa ante nosotros repitiendo la contorsión grotesca de sus felonías y vanidades.

Carreras no visita cafés, ni frecuenta tertulias, ni tiene con sus compañeros otro comercio que aquel á que la diaria labor le obliga. Terminada la función, vuelve á su casa; algunas veces, después del ensayo, se marcha á dar por el campo un largo paseo, y va sólo, como complaciéndose en la seguridad de que nadie le atisba. Por los alrededores del Hipódromo recuerdo haberle visto más de una vez...

Bajo los árboles, su silueta delgada y oscura resbalaba despacio, y su semblante era triste y había en el ritmo de sus ademanes la fatiga de un grave desencanto. Y es que cuando el artista exclama: «¡Ya vencí, ya soy rico!...», el hombre, cansado, responde: «Y, ahora ¿para qué?...» Es el desengaño inmenso de la gloria, enemiga de la juventud, que siempre se rinde á los artistas demasiado tarde.

EDUARDO ZAMACOIS.

EL COPEO Y LA MORAL

—¿Pero no viene ese chico?
 —¿Pero es que no se despacha?
 —¿Han sonao las doce y media?
 —¡Y sereno!...
 —A mí Cazalla;
 á éste lo que l' apetezga
 —Pues chico, tráeme unas faldas
 con una señora dentro.
 —Y un «somiere».
 —Y una gaita
 pa que la toque su amigo;
 ¿no es verdaz?
 —Trae dos de clara
 y disimula el «conceto»
 de Epifanio.
 —¿De qué hablabas?
 —De la Puri.
 —¡Ah, sí! Continúa..
 —Pus, que la tengo «mochala»
 y si algún día l' abandono,
 Dios no lo quiera cae mala
 si se pone nurasténica
 pa toa su vida.
 —Una ganga
 que t'has buscao por bonito
 y por hombre de tu casa.
 —Y que lo repitas.
 —Bueno;
 ¿y qué vida?...
 —La muchacha
 sabrás tú que es una artista
 pa el garrotin y sus danzas
 en qué hay que mover la tripa
 «eleztricamente».
 —Vaya;
 sobre eso no m'insinues.
 —Antes garrotineaba
 en el cine de esta calle,
 pero chico, no la daban
 tóo lo que ella necesita
 y ahora la ties que trabaja
 en ese salón que han puesto
 junto al pasaje la Alhambra.
 —¿Y gusta?
 —Más que un bizcocho
 borracho por la mañana.
 —Pues proseguir.
 —Que los lunes
 me entrega tóo lo que gana;
 que yo corro con los gastos,
 desde el cocido y la plancha
 hasta pagarle al casero
 las cincuenta y dos del ala;
 que visto mejor que el Bomba
 y ella mejor que la Esparza,
 y en mi cocina se guisa
 como en la Maisson Dorada.
 Y que yo dejé, el oficio
 pa cuando ella debutara

y no quiere que trabaje
 ni pa Dios.
 —¿Y cuánto gana
 bailando los garrotines?
 —Dos pesetas.
 —¿Dos del ala?
 —Sí; pero eso es lo de menos;
 lo más es: que cuando acaba
 la función, rara es la noche,
 que no va pa acompañarla
 D. José, el señorón ese
 de la chistera y la barba
 que creo que es Embajador
 de Berlín ú de Alemania,
 y que la quiere lo mismo
 que á una hija. Van á casa
 ya que han toman chocolate,
 me llevan la cena, y nada
 me la como tan tranquilo,
 después me meto en la cama,
 y ellos se están hora y media
 mu callandito en la sala
 contándose chascarillos
 ó jugando á la baraja
 ¿Y qué dirás Epifanio
 que encuentro toas las mañanas
 encimita de la mesa?
 —¿Quizás alguna toalla?
 —Un billete de cincuenta
 y un par de duros en plata...
 Dime: ¿No es pa levantarle
 á ese señor una estatua
 en el corazón de Pura
 ú en el mío?
 —¡Vaya un alma!
 Pero en fin, no te «preocupes»
 Que Pura se la levanta..
 —¡Ay, Pura, como me quiere!
 —¿Y es fiel?
 —¡Epifanio, calla
 que pué empañarse una honra..
 ¡Ni al hijo de sus entrañas
 le tiene tanto cariño!
 —Sí que es buena.
 Es una santa...
 —Chico ¿qué se debe?
 —Quieto;
 no insistas que aquí no paga
 «naide» más que yo; ¡te enteras!
 Cóbrate.
 —Se dán las gracias.
 —Hasta otro rato, Epifanio;
 y cuando quias ir por casa
 ya sabes..
 —Sí; dí á la Pura
 que una tarde pué que vaya.
 ¡Ah, tú! Y que le dés recuerdos
 al Embajador de marras.

SILVIO.

Mam'zelle Carmen de Villers

¿Mam'zelle Carmen de Villers? pregunto.

Y la introductora del hotel, gallarda, bajo el amplio capote galoneado, como una flérida de Castro— ¡perdón, Gar-ci Lasso!—me contesta:

—Par ici, Monsieur.—Número 42. A droite.

Yo hago una inclinación, perfectamente «bulevardiera» y siento esbozárseme en la retina el reflejo gris de unas pupilas azules como de Brunilda, y el ademán imperativo y rígido de una mano que señala, como arrancada del propio brazo del Doctor Munyon.

—Merci, Madame.

—Pas le quoi, murmura la introductora con un hilo de voz de los de 5.000 yardas en carrete de laringe.

A mí, sin saber por qué, quizás, por asociación de sonidos, este «pas de quoi» me recuerda de momento el croar de una rana.

...Luego, dos coups de «nudillos» en la puerta del 42. Y una voz femenina dentro: «¡En avant!»

«¡En avant!» Ante esta exclamación, yo me siento un poco girondino. Y como comprendo que ante una belleza, profesional por añadidura, no valen reparos ni tiquis-miquis, empujo, abro y penetro. Si conociérais á Mam'zelle de Villers, haríais seguramente lo mismo! Lo mismo y algo más, que me ordena ella, ni más ni menos que nuestro omnímodo Lacierva, llavero Mayor del Reino: «Fermez» esto es, cerrad.

Hay una pausa larga como en las escenas culminantes de los melodramas. Durante ella, yo recorro, escrutador y embebecido, la epatante belleza de Mam'zelle Carmen de Villers. Mam'zelle acostumbra, sin duda, á estos «recorridos» sonríe. Y al fin:

—«¿Etez-vous Mr. Figarelo?»

—Para servir á Dios á usted... que es una diosa, piropeo yo, galante y sacrilego. Pero Mam'zelle no se hace cargo de mi frase de ingenio y replica— ¿cómo no?—

«Je ne comprends pas» —¿Qu'est que c'est ca?»

Ante esta pregunta sibilante como un cohete, yo me alicorto.

—¿Parler-vous français? insiste ella.

—«Oui, oui», Mam'zelle—contesto con arrogancia.—Yo he estudiado el método de «Alm».

—¡Ah! exclama ella.

—No es Ah, es «Ahn», rectifico yo.—Y á partir de esta exclamación, seguimos dialogando en perfecto Ollendorff.

—«¡Eh bien!» ¿Decía usted?...

—Que es usted una diosa vestida.

—¡Guacsson!—me interrumpe Carmen.—Y luego, coqueta y sonriente:

—¡No pensará lo mismo el público de Madrid!

¡Una diosa vestida!

—Si en algo exagero es en lo del traje; pero que es usted una diosa lo creen todos «á pattes jutilles.»

—«Merci—C'est un public que tres benevole.»

—Tratándose de usted, tienen que serlo todos.

—¡Ah, Mr. Figarelo! No lo piense usted... En mi país hay un público, tres... tres...

—Tres ó uno, ¿en qué quedamos?

—¡Muy... «farouche!»

—¿Cuál es ese público?

—El «patois». Me revienta.

—A mí también me da cien «patuás», añado yo jactancioso de la pronunciación y del «calembour». Mam'zelle se apercibe esta vez de la «frase» y me dice:

—«Vous avez beaucoup de grace.»

—¡Gracel, digo, ¡Merci!

Nueva pausa. Carmen de Villers entorna los negros ojos parisinos. Yo entorno la ventana del cuarto, algo caldeado de suyo. Cae la tarde. Fuera cae la lluvia. Y a mí, al lado de Mam'zelle Villers, se me cae la baba.

De pronto, en la penumbra suave de la habitación resplandece el brillar de unos ojos. ¡Me ha guiñado Mam'zelle! Para mi capote nocherniego de Don Juan, este guiño alevoso es toda una revelación.

—Mam'zelle — la interrogo. — ¿Cuándo se va usted?

—El lunes le dejo á usted — replica la de Villers ahogando un suspiro.

—¿Se marcha usted sola?

—Sola ¡c'est á dire si vous... — Yo sonrío ufano, y enseguida:

—¡Yo la acompaño á usted!..

Rasgados los ojos, entreabiertos los labios, en un rictus de complacencia, Carmen de Villers susurra á mi oído:

—«Merci, Figarelo, merci.»

—Pas de quoi, digo yo «en sapo» como la introductora.

—Oui, oui. ¡Je vous aime!

—¿A mí?, digo, ¿á moi?»

—«¡A toi!, mon petit, mon cheri... Y Mam'zelle me acaricia, me coge las manos, me atrae junto á ella.

Aturdido, ciego de placer y como en éxtasis, yo siento que se me va la lengua... y digo en andaluz cerrado:

— Pero, ¡so esaborial, ¿vas á tomarme er pelo?

— ¡Non! Tú vas á París.

— ¿Yo?

— Y yo.

— No es lo mismo.

— «Tu verras tout. Folies-Bergères». El Carnaval, «La Mi-Careme...»

— «¡La Mi-Careme! S'agradese, Carmensilla, pero no pué ser.

— ¿Pour quoi?

— «Purcuá» no hay empresario que se atreva con ella.

— ¡Eh b'en! ¿Vienes, si ó no?

— ¡Ouil

— ¡Ah, mon amour! ¡Mercil! ¡Mercil! — (Aquí, el dogal de unos brazos, el musitar de unas frases blandas y el estallido de un largo beso amoroso y cálido, como de ensueño...)

.....
Y ahora, en serio. El señor, que como yo anteanoche vaya á una tertulia de «colmistas», hoy tan en boga, y vea después á ese «pasmó» de belleza, «acatarrante» de verdad, que se llama Carmen de Villers, no tiene más remedio que acostarse y dormir, si se acuesta, y soñar, si se duerme, todo lo que servidorito deja relatado, más lo que se silencia, que no es poco.

FIGARELO

22-1-909.

CRÍTICOS ZOOLOGICOS

Yo no sé que Dios humano ó divino los habrá sacado de la nada, pero el caso es que de repente han surgido unos cuantos señores de hosco y furibundo escarpelo que en cuestiones de crítica teatral no dejan autor ni cómico con cabeza.

A mí me hacen temblar mucho. No hay día en que con la más acendrada de las devociones no me encomiende al Martirologio en pleno para que me libre de estos aristarcos inexorables que allí donde posan su pluma arruinan una reputación para toda la vida.

Yo comprendo que tienen razón. Han alcanzado la ventura de nacer supergenios y nadie les comprende. El mundo entero se empeña en no ver, ni aun con la linterna de Diógenes, la sintaxis de sus escritos, pero ellos van contra el mundo entero. ¡No faltaba más! ¿Van á estar ellos también sometidos á las vulgares, rutinarias y monótonas leyes gramaticales? Hay que romper moldes. Hay que innovar, cueste lo que cueste y comprométase lo que se comprometa.

Por eso hacen bien en subirse sobre las columnas de un periódico para que se les vea y en pedir cuentas á todo lo existente de su razón de ser.

El otro día, un tal «Basilisco» — estos micrógrafos se señalan hasta en el buen gusto para elegir pseudónimos — arremetía contra mí desde su periódico.

¿Por qué dirige el Coliseo del Noviciado el Sr. Linares Becerra? — decía — ¿Porqué lee las obras él? ¿Porque las admite? ¿Porqué las rechaza?

Sr. Basilisco — ¡lagartol, ¡lagartol! — si yo pudiera ponerme en relación armónica con su indiscreción,

le diría sencillamente que porque me da la gana. Pero he de añadir unas explicaciones para contestar al enfureñado basilisque, y al mismo tiempo á una alusión que el otro día se me dirigía en la «Correspondencia de España».

Hace unos dos meses, la empresa del Coliseo del Noviciado me suplicó que me encargase de la dirección artística de este teatrillo. Los empresarios son íntimos amigos míos y en atención á ello acepté.

En dos meses me he leído «¡ciento dieciocho obras!» No han llegado á dieciocho las admitidas.

¿Por qué es esto? Porque hoy escribe todo el mundo, porque hoy los seres vienen al mundo, no con un pan, sino con una obrita debajo del brazo. No hay español que no haya escrito una comedia y tampoco hay español que no crea que su obra es una inmortalidad.

Yo he rechazado á un pobre señor doce obras seguidas. El otro día, cuando le rechazaba la duodécima, me dijo:

— No se desanime usted. Mañana le traeré un drama muy bonito con un incendio y todo, que tengo.

Y así muchos, pero muchos.

Y yo al verlos marchar tristes, con el mamotreto en el bolsillo, pienso:

¡Un enemigo! El creará que yo no tengo sentido común al rechazar su obra. Quizá suponga que los «cuadre, taladre y madre» de su zarzuela son de gran efecto. Ese señor me odiará como me odiará aquél que me dijo cuando le advertí escuchándole

una obra que «barbilla» y «badila» no eran consonantes: ¡a mí qué me importa que «pegue» ó no «pegue»! El caso es que «sone» bien.

Y tal vez tenga razón y sea yo el equivocado. Acaso sean verdaderos genios y yo no sepa apreciarlos. Por lo menos ellos, en su ignorancia, son más felices que yo. ¡Quién pudiera vivir creyéndose una gloria preterida! ¡Quién pudiera achacar á la injusticia humana nuestra debilidad y nuestra pobreza! Por último. Se me culpa de proteger á mis amigos. Si tal protección existiese, nada más noble que ella misma. Por fortuna para ellos, mis amigos están muy sobre el alcance de mi protección.

Yo no había visto en mi vida á los autores de «La visión roja», obra que, sin saber lo que dice — esto puede muy bien ser una costumbre en él — afirma Basilisco que está mejor escrita que las obras que yo juzgo como buenas.

Llegaron á mí á los pocos días de haberme encargado de la dirección artística. Leí la obra, y, á pesar de tener admitidas seis ó siete, «La visión roja» fué el primer estreno. Es esta obra una de las que yo

juzgúe como buenas, no superior á las que yo juzgo como buenas. Esto no es sintáxico y además no es verdad, hurraño Basilisco.

Y, aunque algo intimidado por lo del pseudónimo, voy á permitirme darle un consejo Sr. Basilisco.

La ofensa, la indiscreción, la procacidad, no son buenas armas para la lucha cuanto que están al alcance de todas las inteligencias, si que también al alcance de todos los puños.

Elija usted entre la constancia, el estudio, la laboriosidad, el arma que más le agrade y deponga las anteriores, y crea usted Sr. Basilisco que sus mordiscos ni envenenan ni ofenden.

La razón de ellos y la de los de otros basiliscos más ó menos zoológicos, está encerrada con llave en los cajones de las direcciones artísticas...

Para esos señores no podemos tener nada en la cabeza los que estamos obligados á escuchar todos los días las inocentadas que éstos supergenios colocan en las habitaciones amuebladas decentemente.

L. LINARES BECERRA.



EL TEATRO EN BARCELONA

Para hacer un cesto, los mimbres son indispensables, y para hacer una revista de teatros es indispensable también que los teatros funcionen. Pues no hay mimbres. Porque descontando los tres teatros catalanistas: Romea, Principal y Novedades, donde continúan las traducciones, de tal manera, que no necesitaría el Teatro Catalán más partida de defunción que esos carteles en que todos los extranjeros tienen cabida, apenas quedan abiertos para el arte más teatros que Eldorado en el centro y los del Paralelo en que se perpetran melodramas terroríficos y zarzuelas chicas, con alevosía y ensañamiento. En Eldorado, Balaguer y Larra con su excelente compañía, han prorrogado temporada hasta mediados de Abril para estrenar «Cómo se ama» y, probablemente, «El gran tacaño», ó el nuevo estreno de Benavente en Lara.

Por ahora, «Mi cara mitad» les llena el teatro, no por la bondad de la obra, sino por lo primoroso de la ejecución. Los lunes y viernes de moda de esta compañía son brillantísimos. Puede asegurarse que esos días se reúne en Eldorado todo lo que en Barcelona vale y significa algo socialmente, incluyendo el elemento catalanista, cuya plana mayor prefiere el arte al patriotismo, explotado por cuatro «vivos»... y Adrián Gual, director artístico de Novedades no me dejará mentir. Allí se pierde el dinero á espaldas, seguramente no para todos.

Tívoli cerró. No hay derribo, ni Cristo que lo fundó, por ahora. Allá en Junio pudiera ser... aunque lo dudo, porque Barcelona no ha suscrito ni una sola acción para el futuro Kursal; lo que hay es que Juanito Elías prefiere en esta temporada los «bolos» domingueros á la función diaria. Hoy mismo con siete actos de zarzuela grande ha llenado el teatro. Eso cuesta poco y da mucho. No obstante, se dice que Pepe Gil vuelve á encargarse del negocio á fin de mes, con Felisa Lázaro, Mercedes Ramos, Enrique Palacios y Pepe Alfonso. Así sea. Gran vía... quebró la empresa el 11 del corriente con unos 8.000 duros de pérdida. Dos días antes se estrenó «La mujer de Boliche», de Vives y Manolo Lapuente. En esa obra estaban las esperanzas de la empresa. Su fracaso trajo la quiebra. Ahora se disputan la temporada de carnavales y cuaresma dos ó tres gerentes de empresas con otros tantos cuadros de compañía, siendo de notar que todos barajan los mismos nombres. Matío Pérez Soriano, que acaba de llegar del Norte, donde ha hecho brillante temporada, es el que tiene más probabilidades de quedarse el negocio. A propósito de eso, desmienta usted al corresponsal de *El Heraldo* en Vitoria que dijo haber sido un fracaso «Las Bandoleras», en la capital alavesa. Han sido un éxito. Se hicieron ocho noches que es allí un extraordinario. Sólo los reaccionarios las mordieron, y entre esos

apreciables retrógrados figura el corresponsal del democrático *Heraldo*, porque las anomalías son aquí lo corriente.

También quebró el Cómico con deudas á los artistas. Felisa Lázaro se dice que dejó de percibir cien pesetas. El teatro no obstante no cesó de funcionar sino dos días, pues erseguida comenzó temporada la compañía Berges que se ha hecho excomulgar por los beatos de Bilbao, lo cual no ha sido obstáculo para que en Barcelona fuese recibida con entusiasmo. Es una excelente compañía á la que se ha privado del estreno de «Si las mujeres mandasen...», injustamente, pues en Bilbao la hicieron con gran éxito, pero aquí estaba concedido al Nuevo que la estrenó el 15 falta de ensayos, y en tales condiciones que ha necesitado toda la fuerza de la obra para pasar sin enérgica protesta. Al diablo se le ocurre cambiar de compañía dos días antes del estreno! Frutós y Fogletti que vinieron á él, pasaron un mal rato. Por fin, la obra, reensayada, triunfó y aguantará las 100 representaciones ajustadas. Debió ser un exitazo, pero este año Güell anda con los papeles perdidos. Entre otros refuerzos, han entrado en el Nuevo los actores Mauri y Herrero, procedentes del Tivoli y meritísimos artistas. Lo que no parecen son tiples por allí, Amparo Guillén lleva el peso del trabajo. Lo demás... *full*.

Apolo sigue con el «melo» policiaco. Ahora prepara un «Rey de los detectives» «pendant» de el «Rey de los ladrones», me dice la empresa que en París fué un alboroto. No sé cuándo ni donde. Lo que sí sé es que el distinguido primer actor Federico Parreño celebró con «Hamlet» su beneficio y fué una noche inolvidable. ¡Cuántas ovaciones y qué de regalos! Todo lo merece el simpático actor, uno de los pocos que nos quedan. Yo aplaudi también, porque Parreño es de los que recuerdan los buenos tiempos del teatro dramático español, cuando aun no se llamaban dramas á los «Gerineldos, ni poetas á los Marquinas y Echegaray, Sellés y otros «percebes» por el estilo, figuraban en los carteles, rellenando de monedas las taquillas.

Dícese que el Circo barcelonés va á prescindir de

las varietés y á crear teatro lírico... ¡Pa mí que nieva! No creo en el sentido común de los empresarios de teatro. Además, allí la empresa está supeditada á los consejos del Regisseur... un tal Fernando, exzapatero de oficio y gran partidario del bailoteo, sin duda porque así protege indirectamente la zapatería.

Arnau sigue con los 14 crímenes diarios á 5 céntimos uno con otro, y el Arco del Triunfo se propone hacerle la competencia, para lo que ha contratado á Arturo Buxens, Horacio Socias y Adelina Sala, tres incansables, capaces de estrenar tres «melos» por día, en las tres funciones de mañana, tarde y noche «nada más», que se anuncian en esos teatros fábricas.

Y eso es todo lo que hay, amén de unos 1.248 cinematógrafos y pico, donde no se pueden dar comida, gracias al insigne Ossorio, Gobernador anti-teatralesco, que no consiente verso ni zarzuela donde puedan lucirse pantorrillas, y obligados á varietés ó casas insulias, vienen los cines batallando, sin encontrar áncora de salvación y entregados á una feroz competencia que se extiende hasta los títulos de la películas, pues mientras unos anuncian en castellano «Los terremotos de Messina», otros en catalán sencillo nos ofrecen «Els terremots de Messina y algunos «reconsagrats» «Els terra-tremols de Messina». ¡Estoy terratremoloso de leerlo! ¿Quién por 15 céntimos no averigua lo que es un «Terratremol» cinematográfico? El jesuítico salón «Merzé» en la Rambla de Estudios, se llena á diario de curiosos.

¡Hay cada «terratremol» allí! Películas y «manículas» en combinación catalosicalíptica y... ¡Ande el movimiento!

Los estrenos anunciados son:

Nuevo, día 20.—«Cuando ellas quieren...» día 22, «El Pasma de Andújar».

Eldorado' día 25.—«Como se ama.»

Apolo, sin fecha.—«El Rey de los Detectives.»

Romea, día 20.—«La familia de Rocamora», cuatro actos, de Creichet, con decorado de Moragas y Marina y cromos de Brunet y Pons.

No hay más por hoy.

G. JOVER.

INVASIÓN PELIGROSA

Público justiciero: presta atención al cronista que no pudo resistir por mas tiempo á los impulsos de su acibarado espíritu, y después juzga.

Yo, pensador incipiente, soñador titánico y en vehemencia hermano de Verther, hállome acometido por una negra pesadilla que entristece mis horas.

Soñé para mi patria una literatura dramática que fuese baluarte de su gloria ante el mundo entero; soñé una segunda época de oro para nuestro Teatro. He ahí mi ilusión: de ella deducirás la causa de mi tristeza. «Afflictione pertinace sine lenis».

Escucha y comprenderás mi desengaño al ver la invasión de nefanda «literatura» que surte á los infi-

nitos teatruelos — remedos de templos de Talía — que existen en la Corte. Observa, y con hondo dolor sacarás de tus reflexiones en la oficina, en el estudio, en el taller y hasta en la yacija — sin que Morfeo venga á tí — que cuanto de puro existía en el camino que emprendió en estos últimos tiempos la dramaturgia española, ha desaparecido, yaciendo olvidadas injustamente las admirables creaciones que hasta hace poco eran motivo de nuestro regocijo, para dar paso á la copiosa producción de esa taifa de desequilibrados - arácnidos insaciables — que (anotando alguna que otra excepción) con sus creaciones disparatadas — patibularias las unas y graciosas sin gracia

las otras; representadas todas ellas en «cines», salones, coliseos, etc., encauzan al populacho, y aun á las clases distinguidas, por sendas donde el buen gusto perece y los puros sentimientos se corrompen.

¿Por qué el pueblo, que seguramente conoce más algún esperpento representado en cualquier tugurio de los dichos, que alguna verdadera obra de arte de nuestro Teatro moderno, no resucita y saca de su marasmo á las preciadas joyas que componen este rico Teatro que hasta aquí causó nuestro orgullo?..

Pero cese tu encono, soñador vehemente. Desecha la idea de apiolar, en el terreno artístico, á esos hamponcillos autores de tan funestos engendros. Quizás, sin quererlo, has superado en la intención á Max-

Regis y á Cassagnac... Piensa que estos «dramaturgos de cines» no tendrán vida larga; Su labor, plagio malo del arte bueno, desaparecerá.

Por fortuna, no faltarán Teseos y Piritos que, como á Proserpina, saquen al Arte del infierno en que irremisiblemente perecería.

La «literatura» de que se nutren tales saloncillos, es tan endeble como ellos — simples barracones hechos teatros al albor de una mañana — Una ráfaga de aire sano, que ulule con fuerza hará para bien del Arte, que una y otros desaparezcan sin quedar huellas de su maléfica existencia.

QUINTÍN G. QUINZAÑOS



SALONES Y COLISEOS

Barbieri.

Los Miserables

La nueva producción del Sr. Royo de León, es ante todo una obra emocionante. Esó sí. Y en realidad es lo que para aquella clase de público se requiere. Por lo demás, no nos cansemos en buscar en ella grandes bellezas, tanto en lo que se refiere al asunto, de suyo poco original, como en lo tocante á la forma, excasamente literaria. Pero como en ella abundan los efectos dramáticos, harto conocidos y rebuscados ya más siempre interesantes para la galería, el público, aquel público, logró entusiasmarse. Que era precisamente lo que su autor se proponía. Otros espectadores, menos propensos á la emoción, hubieran indudablemente notado algunos importantes lunares de que la obra adolece. Pero con todo y con eso paso, y pasó entre delirantes aplausos.

La música del maestro Chaves, es de las que se pueden oír, y aun cuando ea algunos momentos nos recuerda la de «Bohemia» no por solo ese hecho la hemos de desmerecer.

Respecto á la interpretación he de apuntar que, tanto la Sra. Galindo como el Sr. Carrasco, las únicas figuras que destacan en la obra, pusieron de su parte todo lo posible. Y siendo así no podemos exigirles más. Las restantes figuras en sus fugaces papeles cumplieron. De la Srta. Jiménez, la nueva tiple cómica, no es posible hacer juicio de su trabajo, por solo el tipo, de escasa importancia, que en esta obra interpreta. Más adelante lo haremos.

El triunfo de la noche puede decirse que fué para la lindísima Carmen Revilla que bailó magistralmente, acompañada de Asensio, un bonito «kake walk», viéndose obligados á repetirlo.

La empresa ha puesto en escena la obra con gran propiedad de trajes y decorado, por lo que merece plácemes.

En suma, que «Los miserables» constituirá para este teatro un gran éxito de taquilla. Que bien mirado, es el mejor.

LUZBEL.

Novedades.

El perro del Molino

Es una zarzuela en un acto y tres cuadros, en prosa, original de León Navarro y Serrano y Julio Villamur, música de los maestros San Felipe y Vela. El libro no vale nada, pero queda á los libretistas el consuelo de que la partitura es de lo peor que puede oírse y más propio de una misa de difuntos que de una zarzuela. El argumento es conocidísimo y el diálogo poco ingenioso.

La interpretación muy discreta por parte de todos y muy especialmente de la Sra. Pinos, que todas las noches se ve precisada á repetir la jota.

* *

Madrialeño.

Querer baturro.

El viernes 15 se estrenó esta zarzuela en un acto y en prosa, original de D. Ramón María de Pereda y D. Pedro Ortiz Montijano, música del maestro Chaves, cuyo título encabeza estas líneas.

«Querer baturro» es una de tantas obras que pasan sin pena ni gloria. El asunto es muy vulgar y tiene algo de inverosímil. La música, aceptable. Sus intérpretes Srtas. Alvarez y Vela y Sres. Miranda, Hernández y Aguirre, cumplieron acertadamente su cometido.

* *

Latina.

María de Africa.

Melodrama lírico en un acto y cinco cuadros, en prosa y verso de D. José Muñiz de Quevedo y de los maestros García González, Julián y López. «María de África» se estrenó con mediano éxito el viernes de la pasada semana.

La interpretación muy deficiente.

DON PERFECTO.

DE TOROS

La corrida benéfica

Por fin va á celebrarse la corrida á beneficio de las víctimas de Italia. Según dice N. N. en «El Imparcial», se verificará el 31 del corriente, lidiándose seis toros del «terrible» D. Eduardo Miura, por las cuadrillas de Bombita, Vicente Pastor y Manolete. Claro está que los toreros trabajarán gratis, dando una prueba más de su inagotable caridad, exponiendo su vida para enjugar las lágrimas de esos desgraciados hermanos nuestros que han sobrevivido á la horrorosa catástrofe. Todos los toreros que se encuentran actualmente en España, se han ofrecido á torear graciosamente esta corrida. Machaquito, cojo y todo como está á consecuencia de la cornada que le ocasionó en Madrid un toro de Benjumea, escribió diciendo que contasen con él para todo lo que se organizase; Algabeño, que viene otra vez dispuesto á colocarse en el sitio que le corresponde, se ofreció en el mismo sentido; Corchaito, Rerre, Bombita III, y, en fin, todos, están dispuestos á matar lo que les echen, sea de éste ó del otro ganadero.

Ahora lo que no me explicó yo, es que siempre que ocurren estas cosas, los toreros son los únicos que incondicionalmente se ponen á disposición del que los necesita. Las empresas y ganaderos cobran la parte que les corresponde, y lo único que hacen, algunas veces, es dejar un tanto en favor de los beneficiados.

En estos mismos días se ha dicho que se desistía de dar la corrida benéfica, porque la empresa quería 12 500 pesetas por el piso de la plaza ¿Es esto justo?

Esta corrida debía celebrarse siendo todo gratis, lo mismo la plaza que los toreros, que los toros, que la dependencia. Es lo menos que debemos hacer por esos desgraciados.

Y ahora, vaya una proposición: ¿Por qué no hace la prensa taurina, como ya ha hecho en otra ocasión, un periódico, en el cual colaborasen las principales firmas que escriben de toros, y el producto íntegro de la venta se destinase también á socorrer á los supervivientes de la catástrofe de Italia?

Los señores revisteros tienen la palabra.

CHETE.

**

ALICANTE.—La corrida regia

Con un lleno completo y gran animación, se ha celebrado la corrida regia. En la plaza se han visto muchísimas caras bonitas. ¡Válgame Dios, que alicantinas! Al entrar el rey la multitud aplaudió largo rato.

Los toros.—D. Eduardo Miura ha mandado una corrida admirablemente presentada. Gordos, finos y cortitos de pitones y bravos. Únicamente el segundo ha sido malo sin atenuantes, condenándosele á fuego. Quitando este lunar, puede decirse que es imposible en este tiempo, presentar mejor una corrida. El público ha salido complacidísimo del ganadero.

Quinto.—Joaquín Navarro se nos ha presentado como siempre. No ha estado ni mejor ni peor que

otras veces. Sóbrio é inteligente con el capote y la muleta; maestro banderilleando y seguro al matar. La mejor estocada la dió en el primero. Oyó muchos aplausos.

Rerre.—Valentía es lo único que se puede pedir á este torero, y esa la demostró en todos los momentos. Recortó capote al brazo, muy ceñido, toreó bien por verónicas y estuvo muy trabajador y adornado en quites, ovacionándole el público repetidas veces. Con la muleta anduvo desconfiadillo en el segundo, que fué el fogueado, pero en los restantes se confió mucho, teniendo los pitones á dos dedos y medio del físico. A matar entró siempre con mucha verdad, llegando en algunas ocasiones con la mano al morrillo. Brindó la muerte del cuarto al popular revistero madrileño, Angel Caamaño «El Barquero», que presenció la corrida.

Picando estuvo superior Medina. Muy bien los banderilleros Posturas, Garroche. Jardinero, Niño de la Audiencia y Guerra, de Alicante.

CAPOTILLO.

Noticias varias.

Ha entrado á formar parte de esta Redacción el distinguido escritor Carmelo Bermúdez, para encargarse de todas las noticias concernientes al teatro en América.

**

NUESTRO ALMANAQUE

La semana próxima saldrá al público nuestro «Almanaque» que, además de otros varios trabajos de notables escritores, publica composiciones y caricaturas de Eugenio Sellés, Eduardo Zamacois, Enrique García Alvarez, Eduardo Rossón (Modestito), José Jackson Veyán, Antonio Zozaya, Carmen de Burgos (Colombine), Alberto Vela (Don Sincero), Juan M. García-Flores, Pedro de Répide, Sinesio Delgado, Juan Pérez Zúñiga, José López Silva, Luis Linares Becerra, Maximiliano Clavo (Corinto y oro), Daniel Gante (Tinieblas), Manuel S. García Vao (Dulzuras), Bruno del Amo (Recortes), Ceiso Lucio, Carlos Miranda, Juan Pallarés, Agustín R. Bonnat (Tinito), Manuel Escalante (Don Pancho), Antonio Casero, Armando Palacio Valdés, Bernardino Martín Mínguez, Angel Caamaño (El Barquero), Orestés Llorens, Carlos Luis de Cuenca, Felipe Pérez Capo, Tomás Luceño, Miguel Ramos Carrión, Francisco Villaespesa, Salvador Rueda, Guillermo Perrín, Carlos Fernández Sahw, Ramón Asensio Más, Carlos Frontaura, Alejandro Larrubiera, Pablillos, Jacinto Benavente, Felipe Trigo, etc., etc.

Todo ello irá impreso en magnífico papel «couché», formando un elegantísimo tomo, que todas las personas de buen gusto se apresurarán á adquirir.

Su precio inverosímil es, ¡pásmense ustedes!, UNA PESETA.

El Aguila.

ALMACENES DE ROPAS HECHAS, GÉNEROS Y VARIOS ARTÍCULOS

Calle de Preciados, 3. — MADRID

SUCURSALES en Barcelona, Valencia, Sevilla, Bilbao, Málaga, Santander, Cádiz, Valladolid y Zaragoza.

LA ORTOPEDIA MODERNA

GRAN CASA DE APARATOS ORTOPÉDICOS

DE

CESÁREO ALONSO

FUENCARRAL 104. — MADRID

Premiada con medalla de oro en la Exposición de Industrias Madrileñas.

Objetos de goma, Ortopedia, Vendajes, Gasas, Algodones, Vitrinas y Lavabos.

Única en corsés perforados de celuloide,
con patente de invención.

PELETERÍA FRANCESA

Carmen, 4

TEMPORADA DE 1908-1909

Se han recibido las últimas creaciones de la moda en abrigos, estolas, corbatas y manguitos de pieles.

CALZADOS

PREMIADOS EN LAS EXPOSICIONES

Internacional. MEDALLA DE ORO
Industrias. MEDALLA DE PLATA

POR SU ELEGANCIA, BUENA CONSTRUCCIÓN
Y ÚLTIMAS MODAS

NUEVO PARIS

17, Espoz y Mina, 17.



EMILIO BENITEZ

ZAPATERO DE MODA

ATOCHA, 3 (frente a la iglesia de Santa Cruz).

El mejor calzado y más barato, especialidad en medidas para pies defectuosos. Calzado de uniforme y piso de Cauchout.

PRECIOS FIJOS



SIEMPRE NOVEDADES
PRECIOS SIN COMPETENCIA

— Peluquería de Señoras —

DE

Ana Martín

Fortaleza, 1,

Madrid.

Esta casa presenta todas las novedades en postizos y pelucas según los últimos modelos. — En peinados, las señoras encontrarán satisfechas las mayores exigencias del gusto — Se tiñe el cabello a precio módico.

GRANDES ALMACENES DE SANTA CRUZ

MARTÍN GARCÍA LABIANO, PLAZA SANTA CRUZ, 1 Y BOLSA, 16. — Esta antigua casa continúa figurando a la cabeza de las de su clase por el cuantioso surtido en abrigos de París para señoras y niñas; pues difícilmente dejará de hallarse en ella los modelos más refinados y las últimas creaciones de la moda. También cuenta con grandes existencias en abrigos de piel, impermeables *Cache Pous-siere* para automóviles, svedría, lanería, pañería y mantillos de encaje.



Pianos

J. HAZEN

55, Fuencarral, 55

MADRID

El almacén más importante de España.
Ciento veinte pianos nuevos de las mejores fábricas.
Cuarenta pianos usados, desde 500 pesetas.
Venta a plazos a pagar en veinte meses.
Alquileres, cambios, reparaciones, afinaciones y embalajes.
Servicio especial para el transporte de pianos.

AVISOS: Fuencarral, 55. — Teléfono 1.424.

Maison Battemberg.

—o— CASA DE MODA —o—

Mayor, 55, y Siete de Julio, 2 (tiendas y entresuelos).
MADRID

Han llegado los modelos últimas creaciones en *Sombreros, Abrigos, Estolas, Colets, Renards, S'Kums, Bayaderas*, de los más renombrados modistos de París y Londres.

Inmensos surtidos en lanerías.

Gran Chic.

GRANDES SALONES EN LOS ENTRESUELOS

MUEBLES LEGÍTIMOS DE VIENA
THONET, HERMANOS — Madrid
 Plaza del Angel, 10. Teléfono 2.901.

PHOTO - HALL

Plaza del Angel, 20
 MADRID
 Artículos de Fotografía

F. MONTESERIN

Preciados, 15, ent.*
 MADRID

Premiado en la exposición de industrias madrileñas de 1907.
 La elegancia, buen gusto en el vestir y economía, lo consiguen todos los clientes de esta casa.
 Hechura de traje con forros, desde 30 pesetas.—Idem gabán 40.

COMPRO

Oro, plata, brillantes,
 perlas y esmeraldas.
 PAGO ALTOS PRECIOS
Príncipe, 20, platería.

Ultimos modelos
 en sombreros
 de 5 á 20 pesetas.

Marcas extranjerar.

LA MÁS ACREDITADA
 DEL MUNDO.

PRECIO FIJO



GONZALEZ RIVAS



FANTASÍAS

PARA
 NIÑOS Y NIÑAS

Marineras desde
 2,50 pesetas.

Gorras de señoritas
 desde 6 pesetas.

Gran depósito de gorras
 para caballero.

Preciados, 23 y 25.

TEATROS Y TOROS

547

CLIENTES

lleva ya servidos á satisfacción

SOMOZA
SASTRE

Montera, 5, segundo

desde que se estableció en Octubre último

Competencia verdad en los precios nunca vista, pues lo que antes se ha cobrado á 25, 30 y 35 pesetas, ahora en la nueva Casa lo garantiza á 20, 25 y 30 pesetas, ó sea 5 pesetas menos que otros anuncian

CONFECCIÓN DE ABRIGOS DE SEÑORA

GABANES: Hechura y forros superiores de satén, lana y seda, á 30 y 40 pts.

«GARANTÍA PÚBLICA. — CERTIFICO: Que D. José Somoza y Arrigo ha prestado sus servicios en esta casa desde Septiembre de 1904 hasta la fecha, habiendo cumplido á completa satisfacción el desempeño de CORTADOR de esta casa; y para que lo haga constar donde le convenga, lo firmo en ésta. Madrid, 6 de Agosto de 1908. — José Cabiedes.»

(original está á disposición del público.)

Imprenta de „Teatros y Toros”

36, Pelayo, 36.

MADRID

Almanaque de “Teatros y Toros,” Se publicará en breve, con artículos de célebres autores, con profusión de grabados y artística cubierta en tricolor, impreso en magnífico papel, y trabajos teatrales y taurinos de escogidas firmas



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
MADRID

FECHA	DESCRIPCIÓN	VALOR
1950
1951
1952
1953
1954
1955
1956
1957
1958
1959
1960
1961
1962
1963
1964
1965
1966
1967
1968
1969
1970
1971
1972
1973
1974
1975
1976
1977
1978
1979
1980
1981
1982
1983
1984
1985
1986
1987
1988
1989
1990
1991
1992
1993
1994
1995
1996
1997
1998
1999
2000
2001
2002
2003
2004
2005
2006
2007
2008
2009
2010
2011
2012
2013
2014
2015
2016
2017
2018
2019
2020
2021
2022
2023
2024
2025



